

«JAUNGOIKOA ETA LEGE ZARRA»

(DIOS Y LEYES VIEJAS)

La geografía y la historia son como el cuerpo y el alma de los pueblos; su influencia recíproca es inextinguible y patente.

No se pueden mover los grandes ríos, camino y matriz de tantas civilizaciones. Ni los desfiladeros, solar de batallas. La magnificencia de las cordilleras —frontera natural— cien veces se ha convertido en frontera política. Y hoy, a pesar de la técnica, del trabajo de los hombres y de Luis XIV sigue habiendo Pirineos.

Esa silenciosa lección de la geografía tiene —a mi juicio— cierto paralelo en la historia. En el devenir de cada sociedad hay ríos fecundos y transitables, y desfiladeros que evocan las armas y montañas, que no suelen moverse —sólo— con la fe.

Así en el País Vasconavarro. En aquellas tierras tan antiguas, nunca fáciles de gobernar, hoy expectantes, la prudencia política aconseja apoyarse en la tradición, orientarse en la historia.

SANCHEZ ALBORNOZ

Escribo esto después de haber leído «Vascos y Navarros en su Primera Historia», de don Claudio Sánchez Albornoz, publicado por Ediciones del Centro en 1974. También después de sufrir las peticiones de régimen especial —innumerables y, a mi juicio, desmesuradas— que brotan de todos los rincones de España.

Cuenta el autor, en 415 páginas, la dura vida de las tierras del Norte en los siglos VIII, IX y X, hace mil años. Ya entonces el genio de Roma había construido ciudades y caminos, cultura e idioma. La calzada de Zaragoza a Galicia seguía el Valle del Ebro, y luego Nájera, Briviesca, León y Astorga hasta la antigua Brigantium.

Otra, de Briviesca a Burdeos, subía por Pancorbo hasta cerca de Vitoria y luego —por Araquil, Pamplona y el hueco de Roncesvalles— hasta las Galias. Al norte quedaron las Asturias, la Montaña, las Vascongadas, Navarra y el Aragón de Jaca y San Juan de la Peña.

La idea directriz de Sánchez Albornoz es que esas regiones del Norte, por dificultades geográficas y resistencia de sus naturales (también porque no eran ricas ni estratégicas) fueron romanizadas con mucha menos intensidad que la Tarracónense o la Bética —costas del Mare Nostrum— y que las llanadas del Centro, cerealistas y de fácil acceso a las legiones. El mismo proceso se repitió, al ceder el Imperio a la monarquía hispano gótica. Casi tres siglos de áspero resistir.

Pero la sólida construcción de Roma, deteriorada en las invasiones visigóticas, se vino abajo con la conquista mahometana, a partir del 711. La guerra relámpago de los árabes, golpeando una estructura agrietada, destruyó las Españas en una década. En 718 habían caído Tudela y Pamplona. Los invasores siguieron —hacia Francia— por Roncesvalles. Hasta que la rota de Poitiers (732) cerró para siempre al Islam los caminos de Europa.

ACCION Y REACCION

Fue por esas fechas, al parecer, cuando comenzó la reacción expansiva de la España antigua del Norte, hasta entonces prisionada por todos. Aquellos núcleos fuertes, los menos romanos del país, con hábitos y estructuras militares, ante un entorno que se debilita inician a su vez el ataque.

Las Asturias descienden hacia León, Palencia y Valladolid. Las tierras vascongadas —no invadidas por encima de Orduña— siguen a la Monarquía de Oviedo. Y en la llanada de Alava, en Treviño, en-



«La idea directriz de Sánchez Albornoz es que esas regiones del Norte, por dificultades geográficas y resistencia de sus naturales fueron romanizadas con mucha menos intensidad»

tre Pancorbo y Briviesca, el empuje vasco y montañés empieza a cuajar la Castilla histórica; entonces «harto pequeño rincón», nueva frontera de las Españas.

Mientras, Navarra vacila. Del 800 al 900 está dividida entre la Monarquía de Pamplona —los Arista— y sus parientes los Banu-Muza, católicos convertidos a Mahoma, que dominan el Valle del Ebro desde Tudela, Borja y Tarazona. Pactando entre sí, Aristas y Muzas, se defienden de los dos poderes de la época: Córdoba y el Aquisgrán.

Sólo a partir de 905, Navarra se alía a Asturias y León contra los musulmanes y contribuye al nacimiento de Castilla y al contraataque feroz de la reconquista, que en 1085 llega a Toledo.

Las Vascongadas forman parte esencial de la Castilla de Fernán González. Sólo un siglo (a partir de Sancho Mayor, en 1029) Vizcaya, Alava y Guipúzcoa se integran en la Monarquía navarra. Pero desde fines del XII hasta hoy, las tierras vascongadas han sido, ininterrumpidamente, Corona de Castilla.

LA CUÑA VASCO - CASTELLANA

Es, pues, la España menos romanizada, autocrática, rural y militar, la que se abre hacia el Sur como las varillas de un abanico. La cuña de que habla Menéndez Pidal, penetra en la Meseta, atraviesa el sistema Central, invade Levante y Andalucía y divide la Península dejando a Este y Oeste las dos regiones más romanas de las Españas: Cataluña y Lusitania, hermosos nombres.

Todavía hoy estas dos regiones creo que son —para el resto de la Península— diferentes. Sin embargo, en vascos y navarros, montañeses y astures; en su tradición y su folklore; en su talante igualitario, militar y un poco soberbio, reconocen todos los españoles (y aun los americanos nuestros) su más antigua raíz, la fuente vigorosa de su origen, el arquetipo —para bien y para mal— de lo hispánico.

DIOS Y LEYES VIEJAS

«Jaungoikoa eta lege Zarra». Grito vasconavarro tradicional, difícilmente podrá ser —creo— emblema de separatismo.

Pues les vieja es, para vascos y navarros, la de integrarse en grandes unidades políticas, por pacto. Reservando su propia personalidad, pero participando siempre, con gallardía, en las grandes empresas de las Españas. Apelo a la Historia.

VASCONGADAS

Las Vascongadas —dice Sánchez Albornoz— «desde el siglo XII al XIX no han alzado una sola pretensión secesionista; y se han sentido muchas veces sacudidas por un entusiasta fervor español».

Pero la historia es terriblemente humana. Durante esos setecientos años, las grandes tareas colectivas (Reconquista, América, el Turco, Flandes, la Independencia) atraen a los vascongados al destino común. Luego llega la decadencia nacional, y las guerras carlistas, que significan un largo enfrentamiento con Madrid, después, el 98 y el primer difícil tercio del siglo. Entonces comienzan los problemas: no hay una tarea común, una ilusión histórica que valga la pena; separatistas y separadores tienen el campo libre.

Por otra parte, esas décadas, malas en conjunto para el país, son buenas —en lo económico— para Guipúzcoa y Vizcaya y coinciden con los astilleros, las minas, los bancos, los ferrocarriles y los hornos; con el crecimiento de la industria, la población y la riqueza en las tierras vascas de la frontera y la costa.

NAVARRA

Navarra es diferente. Abierta al Valle del Ebro, camino de Francia, Reino hasta 1515, sabe desde siempre que las purzas raciales empobrecen la sangre y las ideológicas el espíritu.

Ha sabido pactar a tiempo; y en las contiendas civiles de España ha tenido el talento —o la fortuna— de estar con el vencedor. Salvo en las guerras carlistas, en que apoyó al vencido; y del abrazo de Vergara salió el sistema foral —pasionado— que todavía conserva.

Separada de los valles vascongados por Andía, Urbasa y Aralar —la geografía— ha sido distinta también por la historia; y por la diferencia económica y social. Hasta los años 60; en que Navarra —como Alava— se urbaniza e industrializa con rapidez; y el áspero recuerdo de 1936-37 se diluye.

LA VERDADERA CUESTION

En estos años nuestros todos los grandes asuntos son mundiales: la inflación, el terrorismo, la droga, las multinacionales, la rebeldía universitaria, la polución de las aguas y del aire, las armas atómicas, el tercer mundo, el marxismo y la subversión.

Estos problemas universales, ¿cómo combatirlos con Estados nacionales, subdimensionados, pequeños y obsoletos?

En Europa occidental las más ilustres naciones de la tierra, construidas en los siglos XVI y XVII, han revelado su insuficiencia. Y es una vergüenza histórica —y un peligro grave— que en las cuestiones más vitales, desde lo económico y lo militar a lo cultural e ideológico, dependamos de U. S. A. y de la U. R. S. S.

Esa desilusión colectiva, el sentirse no actores, sino espectadores en el drama de la historia, es caldo de cultivo de todos los separatismos europeos.

La verdadera tradición —la «lege zarra»— sería, ahora, integrar a España en Europa, con respeto a la personalidad nacional. Eso trata de hacer Areilza, vasco universal. Y antes Castiella, también vasco. Quizá incluso, ese empuje desde el Sur —desde el país menos europeizado— podría ser una nueva cuña que precipitase las vacilaciones de los que son —aún— Estados Desunidos de Europa.

Entonces sí, las regiones históricas serían viables: en una Europa Federal. Hoy, en el estrecho ámbito de las naciones, excesivas autonomías locales sólo servirían para solidificar privilegios, alentar rencores, eternizar desigualdades.

Francisco José DE SARALEGUI